

# LA LUCHA DE CLASES

SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

AÑO VIII

Número suelto, 5 céntimos.

BILBAO, 1.º DE MAYO DE 1901.

Veinticinco ejemplares, 75 céntimos.

NUM. 343



## 1.º DE MAYO

Dos objetos principales tiene la fiesta que hoy celebramos los trabajadores.

En uno está comprendida la condena que del régimen social presente hace la clase que produce la riqueza y carece hasta de lo más necesario para la vida.

En otro se manifiesta la esperanza de que la Humanidad llegue á una era de justicia en que todos los hombres tengan los mismos derechos y los mismos deberes.

La clase trabajadora, cada vez más percatada de que tiene derecho á una vida mejor, muestra en este día sus fuerzas, su cohesión y su propósito de concluir con un régimen social que es amparador de iniquidades sin cuento, causante de encarnizadas luchas y fuente de perennes dolores. Da prueba de su amor al ideal y espera confiada.

Los obreros de la inteligencia no son indiferentes al propósito que hoy nos congrega. Prueba de ello es el presente número. A nuestra invitación para que colaborasen en él, han respondido generosamente médicos, cateóricos, abogados y otros hombres que se distinguen en las esferas de la ciencia y del arte. Dámosles á todos las gracias.

¡A celebrar nuestra fiesta, trabajadores! Protestemos contra nuestros dolores pasados y presentes, y confiemos en el porvenir.

### LA REDACCION

La Prensa socialista es la única que defiende los intereses de los trabajadores y propaga las ideas que han de redimirlos. Contribuid, pues, á su sostenimiento y difundidla entre todos los explotados.

## LA IGLESIA Y EL SOCIALISMO

Do me parece que anda acertada aquella fracción socialista que declara y ha declarado—hasta de un modo bastante solemne—que la religión es un asunto por completo privado, y que en el gremio socialista pueden perfectamente figurar individuos pertenecientes á las más distintas y hasta opuestas religiones.

Sería ello perfectamente aceptable, si se refriese el problema al espíritu religioso que en cada uno domine, á la religión racionalista que cada individuo puede haberse formado para su privativo uso, diferente de la de los demás; es decir, á una especie de iglesias, cada una de las cuales no comprendería más fieles que el respectivo fundador de las mismas. Tantas religiones é iglesias, como individuos.

Pero no suele entenderse de esta manera el asunto. Cuando se dice que el socialista, sin dejar de serlo, puede pertene-

cer á la religión que le plazca, en lo que se piensa es en las religiones llamadas positivas, esto es, oficiales, congregaciones de fieles con un credo común, con sus autoridades indiscutibles, etc.; se piensa, sobre todo, en las religiones predominantes en Europa y América, y muy en especial en la católica romana.

Y yo pregunto: ¿se puede ser á la vez lo uno y lo otro? ¿socialista é hijo sumiso de la Iglesia de Dios?

La contestación creo que no puede ser sino esta: «hasta cierto punto»; esto es, mientras y hasta donde la Iglesia misma lo consienta. Del propio modo que no se puede ser católico y liberal, á no ser que la Iglesia lo permita, y si no lo permite, como sucede cuando condena el liberalismo, no pueden profesar éste los católicos, mientras quieran permanecer siendo católicos—pues en el rebaño de Cristo, las ovejas no tienen otra misión que escuchar y seguir las enseñanzas y mandatos que quieran darles sus legítimos pastores, puestos precisamente por el mismo Dios

conservadores, á saber: resistir el torrente progresivo mientras pueden, y luego, cuando se ven con el agua al cuello, tratar de desviarlo hacia sus tierras, para hacer de él allí lo que les plazca.

¿Por qué, si no por esto, le ha entrado á la gente de Iglesia, desde León XIII con sus encíclicas *De conditione*, etc., para abajo, la comezón por entrometerse en las cuestiones sociales y obreras, cosa que no habían hecho antes? ¿Por qué pretenden fundar y desarrollar el llamado «socialismo cristiano», que es un socialismo con propiedad individual y con otras cosas por el estilo?

P. DORADO

La jornada de ocho horas.

La grandiosa *Fiesta del Trabajo* puede decirse que ha entrado ya en las costumbres. Todo el mundo la acepta, y el carácter de universalidad que la distingue y

tino *guttea cavat lapidem non bis sed sepe cadendo*.

La constante y firme voluntad de la masa proletaria ha de llegar á conseguir aquella mejora para cuya obtención puede decirse que la *Fiesta del Trabajo* ha sido instituída: la *jornada legal de ocho horas*.

No se trata, después de todo, de ilusiones, de fanasmagorías, de modernismos que por serlo espantan á muchas gentes. A estos *laudatores temporis acti*, para acabar con sus esorípulos y para animar en su empresa á los que tenazmente trabajan por elevarse, les brindamos los siguientes recuerdos del tiempo viejo, que prueban la antigüedad de la reforma solicitada.

Adam Smith, en su libro *Riqueza de las naciones*, habla de la jornada de ocho horas vigente entre los mineros de entonces (último tercio del siglo XVIII); el agrónomo Marschal escribía en 1787 que la mayoría de los labradores trabajan generalmente ocho horas cada día; la *Factories Commission* (1833) hace constar el testimonio de varios antiguos tejedores

que declararon que hacia 1745, cuando ellos comenzaban el oficio, no trabajaban más que diez horas, cinco días por semana, y que dedicaban el sábado á entregar la obra ó á cultivar el jardín.

Ya mucho antes parece que Inglaterra era notada por la corta duración del día de trabajo. Fuller, autor del libro *Church History*, creía que las pequeñas jornadas y la abundancia en el alimento eran causa de la inmigración de los tejedores flamencos que se establecieron en ese país en tiempos de Eduardo III, y sir John Fortescue, «chief justice» en el reinado de Enrique VI, escribía desde su destierro de Francia «que no podía plantearse aquí el

Jurado porque los franceses estaban tan rendidos de su duro trabajo que sería imposible encontrar doce hombres honrados que tuvieran el suficiente vigor mental para entender en un negocio un poco complicado», deduciendo de esto que debiera atribuirse la existencia de ciertas libres instituciones en Inglaterra á que el pueblo gozaba de más tiempo desocupado que en otras naciones.

Adolfo A. BUYLLA

Oviedo, abril de 1901.

## EL SUFRAGIO

DENTRO de pocos días el cuerpo electoral deberá intervenir (?), por ministerio de la ley y por obra de la prerrogativa real, en la designación de unas nuevas Cortes. Esta circunstancia hace que sea oportuno hablar del sufragio, del voto político, sobre todo, á lectores y electores de las clases obreras.

¿Por qué?



CUTANDA—Victimas del trabajo. (Original).

para este fin—, de idéntica manera, y por igual motivo, el socialista que pretenda vivir dentro de la grey que acaudillan el papa, los obispos y los presbíteros, tendrá que ser socialista si á éstos les parece bien, y sólo en la proporción en que ellos se lo toleren. De suerte que si los pastores dicen—como lo suelen decir en efecto, y lo ha dicho S. S., el *siervo de los siervos de Dios*—que la propiedad privada es de derecho natural, y por consiguiente intangible, el socialista tendrá que constituirse en defensor de esta forma de propiedad y renegar de uno de los principios cardinales del Socialismo, acaso el más fundamental de todos. Con lo que dejará de ser socialista, aun cuando desee seguir llamándose tal.

Desentrañemos los equívocos y deslindeemos claramente las situaciones á que suelen dar lugar. O al vado ó á la puente. Y sospechemos siempre de la conducta que en estos asuntos ha comenzado á seguir la «Iglesia de Pedro»; la misma conducta que ha seguido en otras cosas (en materia científica, por ejemplo), y la misma que suelen seguir todos los elementos

afirma es tan completo, que no sólo la han proclamado con entusiasmo reflexivo y feñaz los obreros del mundo civilizado, sino que la toleran sin protesta las clases sociales que comenzaron por protestar contra ella como cosa expuesta á producir muy serios peligros para la propiedad y hasta para las personas de los ricos, pidiendo á grandes voces que los gobiernos repriniaran enérgicamente la solemne manifestación del proletariado, y hoy, convencidos á fuerza de hechos del carácter pacífico de la solemnidad, ó acaso penetrados de la justicia de las reivindicaciones que el día 1.º de mayo se reproducen con admirable *terquedad*, han concluído por recibirla sin manifiesta alteración de su habitual manera de vivir.

Es esta, entre otras muchas, prueba patentísima de que la revolución no consiste en la subversión violenta del orden establecido, una vez que basta para introducir en él reformas profundas y con mayores probabilidades de arraigo, el *suaviter in modo et fortiter in re*, y, sobre todo, lo que puede llamarse insistencia evolutiva, tan gráficamente expresada en el proverbio la-

Por muy diversas razones, pero especialmente por una.

En efecto, quizá ninguna fuerza social podría imponer en España de veras esa labor urgentísima que los políticos han llamado *saneamiento* del sufragio, como los obreros, si éstos se dieran clara cuenta de lo que el voto significa y á lo que obliga, y empleasen en su defensa muchos de los procedimientos que emplean para defender otros intereses, muy importantes sin duda, pero no más capitales que el sufragio, en una comunidad política moderna.

El sufragio es muchas cosas: por de pronto es un medio, una facultad que supone en quien lo tiene, y además lo sabe ejercer, un poder de una naturaleza muy culta y elevada, porque no es violento ni material, y porque bien manejado produce en las sociedades cultas efectos superiores y más permanentes que, v. gr., las luchas civiles y las guerras sangrientas. Discútase cuanto se quiera el valor, la eficacia y hasta la justicia del sufragio; al fin habrá que admitir que donde lo hay de veras, donde el ciudadano cree que el voto sirve para algo—aunque no sea para tanto como se le figura—, las contiendas políticas toman un aire más civil y humano que bajo un régimen de fuerza con soluciones que se imponen en el campo de batalla. ¿Negará nadie que significa un progreso lo de resolver las luchas políticas á votos en vez de resolverlas á tiros?

Por eso quienes falsean el sufragio, se burlan de él ó lo corrompen, en vez de procurar perfeccionarlo, ya que no inventan otra cosa mejor, son unos criminales.

De otro lado, el sufragio obliga á quien lo tiene á ejercerlo en serio, y á defenderlo, no como una facultad personal, de que se dispone como se quiere, sino como un medio ó función—función cívica—que la comunidad política, el Estado, le reconoce, para expresar sinceramente su opinión ó designar la persona que mejor la interprete. De ahí que quien vende el sufragio, quien, sin venderlo, lo emite á cambio de un servicio personal, ó quien, sencillamente vota, sin tener en cuenta para nada el efecto de su voto... obra mal, muy mal, falta á su deber.

Ahora bien: siendo el sufragio todo eso, poder, función, deber cívico, ¿cuánto no podría hacer la gente obrera—numerosa y disciplinada—para elevarlo en este país desdichado, en donde el sufragio anda como tantas otras cosas por los suelos, prostituido?... ¿No ven todos lo que tienen con tener el sufragio? ¿No vale la pena defenderlo?

Y defenderlo contra todos, claro es, contra los que lo falsean y roban; pero además hay que defenderlo como cosa de dignidad personal—la dignidad política: un gran bien moral—, contra quienes valiéndose de su posición quieren cohibir al elector pobre, asalariado, obligándole á votar contra sus convicciones.

En esto es en lo que las clases obreras podrían hacer mucho. ¿Cómo? Muy sencillo: poniendo en recabar el ejercicio libre, efectivo, del sufragio, algo del empeño que ponen en sus reivindicaciones económicas, y hasta empleando, como al principio indico, análogos medios para conseguirlo.

Adolfo POSADA

## UNA SENTENCIA

SOBRE ACCIDENTE DEL TRABAJO

EN una revista madrileña, *Nuestro Tiempo*, he hablado largamente de un magistrado francés, M. Magnaud, que se ha hecho justamente famoso por el profundo sentido de justicia de sus sentencias. Los obreros deben aprenderse de memoria ese nombre y deben conocer y estudiar, de manera especialísima, los fallos en que Magnaud ha resuelto cuestiones referentes al derecho de los trabajadores. Creo hacer á éstos un servicio mayor que el que pudieran representar muchos renglones míos, traduciéndoles en parte uno de esos fallos, relativo á indemnización por accidente sufrido en el trabajo.

El caso fué como sigue: El obrero D., emplea-

do en una cantera, fué muerto el 15 de julio de 1899 por el desprendimiento de una masa de tierra de un metro cúbico, próximamente, que le cayó encima desde 7-50 metros de altura. El tribunal condenó á los patronos, X hermanos, al pago de una renta anual de 1.150 francos á favor de la viuda y su hijo, menor de 16 años, más 100 francos por gastos de entierro: todo ello conforme á la ley de 9 de abril de 1898. Los patronos se opusieron á esta sentencia en la parte que recargaba la pensión por virtud de *falta inexcusable* apreciada por el tribunal, ofreciendo tan sólo el pago de 1.600 francos anuales más los gastos de entierro. El fallo de este recurso fué confirmatorio de la primera sentencia y sus considerandos principales dicen así:

«Considerando que la carga de semejante riesgo (el de un accidente) para el patrono, es tanto más racional y equitativa cuanto que éste tiene el deber y el poder de vigilar al obrero, así como de oponerse á sus imprudencias, mientras que el obrero no puede, por causa de su situación inestable y dependiente, más que oponerse con timidez, y con temor de ser expulsado, á los procedimientos expeditivos del patrono, que se dirigen, las más de las veces, á hacer rendir al trabajador un mayor beneficio; que, en fin, es sólo el obrero quien produce y quien expone su salud y su vida en provecho exclusivo del patrono, el que únicamente expone su capital...»

«Considerando que es *falta intencional* la que ha sido cometida voluntariamente para producir un accidente y crearse de esta manera derecho á una indemnización, ó también (caso infinitamente más raro) la que, cometida con fin criminal, determina un accidente cuyo autor, á consecuencia de circunstancias imprevisibles, viene á ser víctima en primer término;

«Considerando que es *falta inexcusable* la que el patrono ó el obrero hubieran podido evitar si no hubie en dado pruebas de una negligencia ó de una incuria en cierto modo culpable, y que ningún hombre cuidadoso de su vida propia ó de la de sus semejantes, ya que no de sus mismos intereses, debe cometer;

«Que tal es, por ejemplo, lo que resulta de la persistencia en el empleo de ciertos procedimientos ó modos del trabajo que la más elemental prudencia recomendaba urgentemente abandonar ó hacer abandonar, en razón de accidentes anteriormente ocurridos, y también la infracción continua y culpable de las prescripciones tutelares dictadas por leyes y reglamentos que un obrero es posible conozca sólo imperfectamente, pero que un jefe de empresa ó de industria no puede ignorar ni permitir que se infrijan;

«Que, en efecto, la *falta del obrero* será siempre más excusable que la del patrono, porque el primero, al cometerla, habrá sido excesivamente imprudente, movido tan sólo por el deseo, muy explicable, de mejorar su situación, con frecuencia precaria, mientras que el segundo, que expone únicamente su capital, obra para aumentar sus beneficios sin arriesgar la vida;

«Que de la información abierta resulta que a cantera T... ha sido explotada siempre del mismo modo irregular y peligroso, sin que nunca X hermanos, ó su representante, se hayan opuesto, ni siquiera hecho la menor objeción á este propósito, no obstante haberse producido anteriormente dos accidentes causados por desprendimientos;

«Que, además, circunstancia muy grave también, se tiraban con gran frecuencia en la cantera barrenos para hacer que saltase la masa explotable, y que la última explosión se remontaba á pocos días antes y se produjo á unos metros tan sólo del trozo de tierra causa del accidente, aumentando así las probabilidades de un desprendimiento brusco...»

Creo que no es preciso copiar más. Si la ley española de accidentes del trabajo encontrase intérpretes como Magnaud, ¿qué mayor perfección podría desearse? Vale más un buen juez que una legislación muy acabada. Pero ¿hallará imitadores Magnaud? Para que los halle propagnemos sus doctrinas.

Rafael ALTAMIRA

El reinado social de Cristo.

UN sombrío filósofo tudesco, muerto trágicamente poco ha, proclamó un día la muerte del cristianismo y el retorno á la ley de la fuerza. Era un filósofo genial que decía cosas extraordinarias.

Lanzó también él «su sistema», que hay que agregar á los mil sistemas de los filósofos precedentes. No es en él todo nuevo ni todo bueno, pero no importa: la humanidad no es una concepción filosófica, sino una realidad tangible que marcha hacia sus destinos movida por algo más sólido y consistente que un sistema de filosofía tudasca donde se exalta á los tiranos.

Decir que el cristianismo ha muerto es una aventura intelectual excesiva y un enorme error histórico. Porque á poco que se observe, se verá que el cristianismo, como efecto social, empieza ahora, que ha operado una gestación de siglos en las entrañas de la humanidad y que comienza á realizarse modelando á las sociedades en un ideal de justicia. No vale proclamar una moral si no hay ambiente económico para que se desarrolle: el cristianismo ha estado latente esperando el momento en que las condiciones de la vida material hiciesen posible el florecimiento de todos sus elementos éticos.

Ningún movimiento humano aborta si logra, como el cristianismo, echar raíces en todas las conciencias. Cada día despiertan mayores protestas las guerras injustas, el despotismo, las violencias, la explotación. Las reivindicaciones obreras son acogidas por la opinión con creciente simpatía, y todos los instintos contemporáneos anhelan lo equitativo y lo justo.

Si en el cristianismo ha muerto algo, no es ciertamente su moral humanitaria, lo que tiene de social. Puede decirse que ha terminado el ciclo del cristianismo teológico y que comienza el ciclo de la sociología cristiana, y mientras no se haya realizado, no acariciará la humanidad formas nuevas de sentir y de pensar.

Nada hay definitivo bajo el sol. La moral se gasta como todo con el uso y el abuso; pero la moral cristiana apenas se ha estrenado todavía, ahora empieza á llevarse, y está hecha de un tejido espiritual demasiado sólido para que se desgarré tan pronto. Quizás está llamada á regir durante siglos á la especie, y después Dios dirá ó lo dirá la especie misma, que es la primera interesada en proseguir la ascensión libertadora con los ojos puestos en el alto ideal de sus destinos.

Las bárbaras cruzadas de la Edad Media esgrimieron un cristianismo mortífero y feudal. No podían concebir otro. Era un cristianismo errante y agresivo que ponía todo su ideal en degollar musulmanes.

Hoy el proletariado universal se mueve en una cruzada más grandiosa. No va á la conquista vana de una Palestina que guarda un sepulcro vacío. Ha resucitado el justo, su espíritu flota sobre las masas, las cuales, en su acción concertada, trabajan más eficazmente que toda institución política ó religiosa por el reinado social de Cristo.

T. O.

EL TIPO HUMANO

DE un ensayo histórico *Ley de la Civilización y de la Decadencia* saca B. O. K. Adams la consecuencia de que el tipo de selección de la actual sociedad, el que mejor se adapta á las condiciones que ella impone, el *abstractum* (podría decirse) de todo el orden de civilización hoy imperante, es el tipo económico, cuyos modelos más perfectos son actualmente los Rothschild, los Rhodes, los directores de *trust* americanos, etc., en el sentido en que estos y sus congéneres, los fuertes para la lucha, lo son en tanto que cuentan con aptitudes excepcionales de economía, de astucia, de falta de escrúpulos y de coacción, y, en fin, de todas las condiciones necesarias para hacerse dueños de la mayor cantidad de riqueza posible sin mirar el cómo ni á trueque de qué y prescindiendo de todo otro cuidado y miramiento que no sea el de evitar ciertos efectos de las leyes, que aun cuando hechas por ellos, ó en su provecho, pudieran en algún caso muy excepcional colocarlos en situación fastidiosa si no comprometeda.

De los datos que el mismo Brooks Adams nos suministra, resulta, por otra parte, que la aparición del tipo económico ha marcado siempre el principio de la decadencia de la civilización que necesariamente lo produjo.

Y, en efecto, al adquirir éste preponderancia y dominio sobre el tipo imaginativo que es su opuesto, puede decirse que la evolución histórica ha alcanzado el grado de intensidad y perfección á que puede conducirnos; y una vez en este punto culminante de una civilización, viene y ha venido siempre y fatalmente la decadencia, que si entre los romanos tardó siglos en ser definitiva (pues el tipo económico existía ya bastante desarrollado en la época de Augusto) fué debido á la influencia de los llamados bárbaros, que constantemente renovaban la viciada y empobrecida sangre romana infiltrando en ella la savia imaginativa que le faltaba.

Tal sucedió también en Fenicia y Cartago, como más tarde en Bizancio y Venecia.

¿A qué altura de civilización así entendida nos encontramos?

Es indudable que actualmente predomina el tipo económico en la mayoría de las naciones, aun entre aquellas en que su casi totalidad se compuso siempre de imaginativos, y verdal también en éstos

tienen á desaparecer ó que por lo menos se hace cada vez más difícil encontrarlos. ¿Haremos llegado al punto culminante de nuestra evolución histórica?

Evidentemente lo hemos rebasado, y la lógica y los hechos demuestran que estamos en el principio de una decadencia.

Sólo que de la decadencia de una civilización dada no se sigue que haya de producirse una regresión; antes al contrario, todo indica hoy que el fin de esta evolución, histórica que pudiera ser también el de los tipos imaginativo y económico, habrá de ser el principio de otra nueva civilización (que ya parece vislumbrarse), cuyo tipo de selección obligado é inevitable sería el meramente humano.

ILUNDAIN

Paris, abril de 1901.

ILUSOS!

ILUSOS!

ASÍ nos llaman gentes que se tienen por sensatas, aunque crean que el martes es día de mal agüero, y se refrenan en los otros cuando en el desarrollo de nuestras ideas llegamos á afirmar que en lo porvenir, cuando exista el Socialismo, no habrá guerras, no habrá delictos, no habrá hambre, la salud será más general entre los hombres y la fraternidad reinará entre los humanos.

Y, sin embargo, nada más cierto. Pregúnten esos pozos de seriedad y de cultura á las personas competentes en la materia, se llamen ó no socialistas, y les dirán lo mismo que nosotros decimos.

Cualquier estrategia sostendrá que la guerra cada vez es más reducida y menos cruenta, y que por su gran coste pasa á ser privilegio de las grandes potencias; que la guerra arruina por igual á vencedores y á vencidos y que por otra parte hay que pensar si para los pueblos el mantenimiento de ejércitos permanentes no equivale á la guerra misma.

Cualquier penalista mostrará cómo el delito, siendo un producto social, sólo removiendo las condiciones actuales podrá aminorarse, y que los crímenes feroces y brutos se transforman en los países adelantados en delitos de astucia, para cuya preservación basta la superior cultura de la posible víctima.

Cualquier economista, aun no socialista, hará patente cómo las asoladoras hambres de otros tiempos han desaparecido casi por completo, existiendo tan sólo en aquellos pueblos que representan tipos sociales antiguos; cómo la miseria de las masas en las naciones modernas también disminuye; cómo gran número de instituciones sociales mejora la condición del trabajador, y cómo «cada día vale más el trabajo y menos el dinero».

Cualquier médico dirá que la falta de higiene pública y privada marcha á la par con la miseria, y su desarrollo es paralelo á la prosperidad y riqueza de los pueblos; que los naciones se persuaden de que lo que se gasta en higiene se compensa con creces con el incremento de población y con el aumento del término medio de la vida, de modo que si no se hacen inmortales los hombres, al menos viven más y mejor.

Cualquier moralista, hombre de ciencia (no ideólogo, ni pesimista sistemático) afirmará que la bondad humana cada vez es mayor, y que precisamente el espejismo de los que sostienen lo contrario se funda en que, siendo ellos mejores que antes, sienten como mal lo que antes no sentían; que los odios entre pueblos y regiones dejan de existir cuando éstos se conocen, y que la repugnancia á la violencia y la conmiseración ajena, más que producto de la razón, es ya cosa de instinto para el mayor número.

Y si esto contestan los representantes de la ciencia, cada cual en el terreno de su competencia, ¿qué valor tendrán los denuestos ni la risa de nuestros adversa-

rios? Ninguno; serán tan sólo la señal de su ignorancia ó la mueca de su malevolencia.

**José VERDES MONTENEGRO**  
Alicante.

**Nuestra propaganda.**

El fin de la propaganda socialista debe ser siempre llevar el convencimiento de lo que valen vuestras ideas al ánimo del mayor número de trabajadores.

Esta propaganda ha de hacerse no apelando al sentimiento, no maldiciendo á los patronos ó capitalistas, no procurando que aumente en los trabajadores las antipatías ó el odio que les inspiran aquéllos, sino enseñándoles el conjunto de verdades que encierran vuestras doctrinas.

Lo que á los socialistas nos importa es que los obreros sepan que su explotación, por no ser de orden natural, y sí efecto de causas sociales, tendrá término un día; que su pobreza y su ignorancia obedecen á la no percepción del fruto de su trabajo, y que cuando éste llegue íntegro á sus manos, ni pasarán privaciones ni carecerán del alimento intelectual; que la misma evolución de la presente sociedad va anulando al elemento improductivo—la clase patronal—y dando cada vez más valor é importancia á la masa productora; que la concentración obrera (asociación ó agrupamiento de gran número de trabajadores), consecuencia de la concentración capitalista (formación de grandes Compañías explotadoras), hará que la clase proletaria arranque á los patronos y al Estado medidas y leyes que la beneficien; que el Poder político, hoy en manos de la clase adinerada, pasará á las suyas cuando su capacidad alcance nivel superior al que tiene ahora, y cuando su organización adquiera mayor potencia, y que sepan también que todas las fuerzas burguesas—ejércitos, Tribunales y sacerdotes—, invencibles ante un proletariado desunido, indisciplinado é ignorante, representan poca cosa para una clase obrera consciente, unida, enérgica y perfectamente organizada.

Enseñando esto á los trabajadores, mostrándonos tolerantes y persuasivos con ellos para que las antedichas verdades penetren en sus cerebros, lograremos hacer soldados excelentes de la causa obrera.

Hombres educados así no ocuparán puestos de huelguistas, no temerán á sus patronos, no dejarán de satisfacer sus cuotas en las Sociedades y en las Agrupaciones Socialistas, no desertarán de las asambleas, no mirarán con indiferencia cuanto afecte á su clase, no irán á huelgas descabelladas, ni ocasionarán estériles motines, no cometerán la grave falta de dar su voto por un puñado de reales al que le esclaviza.

Lo que sí harán es mejorar moral y materialmente su condición de asalariados y preparar bien sus fuerzas para derrocar un régimen que á todos causa daño y sustituirle con otro que garantice á todos su independencia y su bienestar.

**Pablo IGLESIAS**

**POR LOS NIÑOS**

—Mi hermana ha venido á casa muy triste. —¿Os acordáis de Luisín, aquel niño que venía siempre muy contento á pedir limosna los miércoles y los sábados?... Pues le he encontrado esta mañana. Yo le miré un rato creyendo que conocía aquella carita... El, encogiéndose contra la pared, me miraba también, medio agachada la cabeza y humildes los pobres ojos negros... —¿Pero eres tú Luisín? —le dije—. ¿No me conoces? Has estado enfermo, ¿verdad?... —No, señora, no; es que me llevaron á trabajar á la fábrica de las Caldas... —Mi hermana le dijo que nos volviera á ver, que teníamos unas cositas que darle. —Está flaquito, triste, casi no puede andar.

Hasta los ojos: ¿os acordáis de aquella alegría de sus ojos vivos? Pues hasta sus ojos parece que han muerto...

Da un profundo asco esta manera de vivir en sociedad y este modo de fabricar leyes en balde. De aquel Congreso de señores sin alma, van saliendo leyes rígidas, estradas, bien escritas cuando más. Pero las hacen como una máquina hace ruedas dentadas para relojes, á golpe de molde que sube y baja la pesa bruta del vapor encerrado... Nadie de aquellos que vota ó que discute la ley tiene corazón de artista, un corazón de bueno, una entraña tierna que le haga saltar las lágrimas... Y después que lanzan la estrada ley en la Gaceta, se quedan tan tranquilos ó dicen á voces todavía:

—Eso es como si nada en este país. Verdad profunda; es como si nada todo eso en este país y en la mayoría de los otros de este odioso mundo de carnívoros...

Echar al trabajo bárbaro á los niños es la crueldad más alevosa de todas las crueldades sostenidas por esta sociedad de lobos. Las Compañías de minas se tragan niños por la boca hambrienta de las utilidades. Las Sociedades anónimas de fábricas se comen las criaturitas con los destrozados del balance. A unos, los más afortunados, los coge el volante fiero por las blusas y los hace una piltrafa sangrienta. A otros los aplasta un montón de tierra, como á un bicharraco dañado. A otros, los más infelices, los hace raquíuticos y enfermos, los llena el alma de odios...

—¡Ah! No puede ser, no puede continuar así. Hasta las fieras cuidan cariñosamente á sus hijos: los lobos pelean en las nevadas, llegan al peligro de la aldea con los dientes dispuestos á arrancar un bocado para los pobres hijos de la cueva; sólo el hombre y las gatas suelen comerse las crías! No puede ser, no puede ser. Hay que enternecer los corazones, llevando por el cogote á los ricos para que vean en los hornos bárbaros la lucha imposible, desesperada, de los niños que se queman y que tienen que vencer el sueño y el cansancio con un colosal esfuerzo interior que les asesina. ¡No puede continuar así! Ni ley ha debido hacerse para eso. Pero hecha, ha debido y debe cumplirse ó hacerla cumplir con el hierro en la mano. Es preciso imponerla por la fuerza, unó á uno, cuando veamos trabajar almitas pobres. Es preciso llegar al corazón de los amos y decirles:

—Pensad en vuestros hijos y veréis qué dolor tan grande el vuestro si, por un momento, levantáis en el cerebro la visión del hijito cargando tierra, sacando el vidrio rojo, corriendo muy cansado para llegar á tiempo á la posición de la máquina... Cuando os vais á la cama y daís una vuelta por las camitas limpias y lujosas de vuestros niños, dejando un beso en cada una, abrigando á cada dormidito... ¡Pensad un poco en los niños que tienen que levantarse temprano para ir á trabajar á vuestras fábricas!... ¡Es horroroso!... ¿No tenéis entrañas, ni corazón ni miedo?...

Hay una sociedad, en Inglaterra, de gente muy alta, muy aristocrática, que lleva todas las semanas á sus hijos á los hospitales y casas de pobres. Les enseña prácticamente el dolor y les educa el corazón en los sentimientos y ternuras por el prójimo desgraciado. De dos maneras debemos imponer el amor á los niños y el respeto á su derecho á vivir y jugar:

Por la ternura, llevando la lástima y el amor verdadero á los corazones que todavía tragan, como antropófagos, carneita humana; y por la fuerza y el valor moral, promoviendo huelgas en toda la comarca cuando se sepa que echa la vida un niño por la boca de los hornos rojos ó por la negra abertura de una mina insaciable...

Hay que lograrlo de una vez poniendo toda el alma y toda la conciencia en el objeto hermoso. Si es preciso, aprendamos de las serpientes de las Malayas, que persiguen al matador de sus hijos ó de su pareja hasta que muere ó devora...

**R. SÁNCHEZ DÍAZ**

**Toquen los bronces á jubileo social.**

SENTIR asómbro é ira, mostrar indignación ante las llamas que instantáneamente produjeron los obreros silenciosos y compactos, como si hubieran sido un solo hombre, resuelto y fuerte, es falta de lógica y sobra de exclusivismo.

¿Hase olvidado que en recientes días todas las lenguas que hablaron de la regeneración pretendida, del sér nuevo que había de darse al sér degenerado, hasta la lengua que usó la espada de gavilanes conservadores y cristianos, ensordecieron á las gentes con la fórmula de que se imponía la aplicación del hierro y del fuego, inmediatos, ciegos, purificadores?

¿Por qué la extrañeza y el encono? ¿Creíase que hay hierro que no hiende y fuego que no quema, ó que debe haber especiales y determinados guías del fuego y manejadores del hierro?

Dudar entre si tiene ó no importancia el número de cinco mil obreros, inclinándose á pensar que poco significa lo que aparece aislado de otros lugares y núcleos, es defecto de pensamiento y exceso de ignorancia.

¿No se sabe que también son cinco mil las estrellas que se distinguen con la simple vista en la aparente bóveda despejada, y que con los telescopios, con esos grandes y buenos amigos, se descubren cincuenta millones de estrellas, y aun se suponen muchas y muchas que no se alcanzan.

Si se dirigieran otros telescopios hacia la Sociología, como se asestaban aquellos hacia los espacios estelares, ¿no se obtendrían hermosos valores gananciales para el cerebro y el corazón?

Querer que no toquen los bronces á fuego destructor, y poner murallas á los oídos, cerrándolos á los bronces que tocan á jubileo social, á jubileo justo, es contrasentido y absurdo, injusticia y daño.

¡Toquen, toquen los bronces á jubileo social! Sean pocas las legendarias siete trompetas de los siete veces siete años, que á la séptima vuelta en el séptimo día, con el grito de todo el pueblo, hicieron caer los muros, hasta los cimientos, de Jericó cerrada y bien fortificada.

Oíganse millones de trompetas; caigan las murallas que ciegan y ensordecen á los indiferentes, á los insensibles, á los egoístas, á los burlones, á los fanáticos; despiértense desde los generosos hasta los aletargados y conmuévase hasta las arenas de las playas solitarias y tranquilas.

Suenen los bronces á jubileo social, toquen sin cesar por toda la haz de la Tierra, prepárese la Grande Fiesta, prescribáse los males, extiéndanse los bienes, y, con las notas armónicas de belleza y de justicia, dignifíquense los hombres y acaben la servidumbre y la miseria, la falacia y la injusticia.

¡Toquen los bronces á jubileo social y no tocarán á fuego destructor!

**Alejandro GUICHOT**

**LAS PEQUEÑAS CAUSAS**

(APÓLOGO)

Montaña abajo rueda la peña desprendida cual átomo invisible juguete del ciclón; bajo su peso tiembla la tierra estremecida sintiendo en sus entrañas tremenda conmoción

Como gigante fábrica que se desquicia y cruje el monte lanza al viento gemido colosal; las rocas de granito se rompen al empuje y emprenden hacia el valle carrera desigual.

Las aves espantadas escapan de los nidos; los árboles se tronchan quejándose al caer; se escuchan por doquiera lamentos y chasquidos que allá en las altas cumbres se llegan á perder.

Los ceos que en los ásperos rincones de la sierra por riscos y jarales reperiendo van parecen misteriosos rumores de la guerra que en los profundos antros sostiene algún titán.

La inmensa mole rueda desenfrenada y loca y haciendo por instantes el ímpetu mayor; destruye cuanto encuentra y aplasta cuanto toca sembrando en su camino la ruina y el terror.

¡Trá á caer del río sobre el tranquilo lecho; las aguas desbordadas del cauce se saldrán y en el ameno valle por el turbión deshecho viñedos y panchos marchitos quedarán!

¿Que causa misteriosa la empuja hacia el abismo? ¿Tal vez rompió su base la mina que estalló? ¿Volcán oculto acaso produjo el cataclismo y en el picacho enhiesto la negra boca abrió?

Pues no, que la catástrofe se explica en un momento. Su culpa tuvo un bicho pequeño é infeliz, un topo miserable que socavó el cimiento con fines bien honrados: ¡buscando una raíz!

**Sinesio DELGADO**

**EL PAN NUESTRO**

Dice la oración más humana de la religión de Cristo: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. No dice el pan de cada día, sino el pan nuestro. ¡Nuestro! ¿Habéis meditado, fariseos, sobre el sentido de ésta palabra? Nuestro: es decir, que el pan de nuestra mesa no sea el que falta en la mesa de los demás, que sea el nuestro, adquirido en justicia sin menoscabo del pan ajeno. Y si así no fuere, si el pan de vuestra mesa, ricos y poderosos de la tierra, no es verdaderamente nuestro, de nada os servirá que repartáis las sobras por caridad, si antes no habéis dado lo que es de justicia.*

**Jacinto BENAVENTE**

**LA LIBERTAD RADICAL**

UNA de las mayores ventajas que el socialismo lleva á las demás concepciones político-sociales es lo determinado y concreto de su punto de vista estrictamente económico. Abarca las cuestiones todas y las ve todas, pero desde un

punto de vista fijo y bien determinado, mientras hay otras concepciones tan vagas que cambian á cada momento de punto de mira.

Esto ha hecho que se le haya echado en cara al socialismo cierta estrechez de concepción y la omisión sistemática de ciertos problemas; pero esto mismo le ha robustecido. Lo que ha renunciado á ganar en extensión, ha ganado en intensidad, sin contar con que no hay problema alguno político social que no quepa examinar desde el lado económico.

Tiene en esto las ventajas de la concepción teocrática, que al considerarlo todo desde el punto de vista religioso ha logrado una fuerte concentración de criterio.

La concepción socialista es hoy la única que puede ponerse en política frente á la concepción llamada teocrática.

El radicalismo abstracto que enronquece á puro gritar ¡viva la libertad! no resuelve de ordinario cosa alguna; diláyese en pura retórica y en declamación.

No es tanto libertad como condiciones para que la libertad brote lo que debemos pedir. Las más de las libertades definidas en los programas liberales conviértense en servidumbres mientras no se toca á la constitución económica de la sociedad, y, en cambio, obrando sobre ésta para modificarla, surgen de por sí las libertades.

No hay más libertad radical que la libertad de trabajo, libertad que implica el poder ejercerlo sobre cualquier materia y con cualquier instrumento que no estén ocupados por otro trabajador —pues es claro que no han de cepillar á la vez dos carpinteros con el mismo cepillo— y sin que pueda nadie detentar materia ni instrumento que en su propio y personal trabajo no emplee. De esta libertad surgen todas las demás, y mientras no se ponga en planta serán todas las demás espejismos de libertad si es que no servidumbres disfrazadas.

La misma libertad de conciencia ha de tener por base de sustentación la libertad económica. Mal puede mirarse como es debido el problema religioso mientras corra el hastío ó la codicia á los ricos y la desesperación ó una estúpida resignación de embotamiento á los pobres. Sólo cuando se ha vencido el problema del estómago se puede alzar serenamente los ojos al cielo y meditar en otros anhelos y tratar de darlos una solución, sea la que fuere, ó de acomodarse á la persuasión, bien meditada, de que sean irresolubles.

Nuestro radicalismo abstracto no hace más que divagar en un mundo de abstracciones, pregonando el progreso sin que sepamos qué es lo que ha de progresar. Pide la revolución por la revolución misma, que suele convertirse en revuelta.

Lo hondo, lo duradero de la Revolución francesa ha sido lo asentado sobre las modificaciones que aportó al tradicional régimen económico de Francia, ha sido el golpe de gracia que asestó al feudalismo. Todo lo demás, incluso los famosos derechos del hombre, son bonitos temas para declamaciones democráticas.

Llaman á este criterio grosero positivismo; pero hay que convencerse de que sólo de la grosería positivista de él puede surgir un ideal robusto. El *mens sana in corpore sano*, espíritu sano en cuerpo sano, se dice de la sociedad de hombres como de cada uno de éstos, y la salud del cuerpo social es ante todo y sobre todo salud económica. De como come, digiere y se asimila depende radicalmente la salud de nuestro cuerpo y con ella la de nuestro espíritu, y así sucede también á la sociedad.

Lo que el radicalismo abstracto pide suele ser no pocas veces que le llevemos á un hambriento á la cima de una montaña y le dejemos allí libre, pero sin pan, á que goce de aire, luz y espléndidos panoramas.

**Miguel de UNAMUNO**

**BILLETES**

¡Para esto os habéis batido!...

A un billarino.

Os habéis burlado. Os pusieron cerco Zumalacarrequi, Villarreal y el marqués de Valdespina, generales del absolutismo; amantes vosotros de la libertad, queriendo vivir la vida de los modernos derechos, supisteis resistir los empujes del carlismo, y vuestro denuedo impidió que los carlistas se enseñorearan de las tres veces invicta villa...

¡De valiente cosa os ha servido ser heroicos! Queréis hoy usar de las libertades que tanta sangre os costaron; pretendéis elegir en buena lid quien os represente en las Cortes; pero hete aquí que á cualquier millonario se le ocurre comprar la representación parlamentaria y ya tenéis al Gobierno amparándole, protegiéndole, sirviéndole de rufián y de alcahuete en una pieza.

Ya habéis visto con Sagasta y con los conservadores que luchasteis por una ficción; volveréis á verlo dentro de unos días.

¡Viva la libertad!, gritabais en 1835.

1837 y 1874; ¿para qué, infelices? Para que un clavelero adinerado pudiese comprar votos como se compran patatas, y para que tales abusos encontrasen apoyo en la autoridad nombrada por un viejo progresista.

¡Dad vuestra sangre para esto; pelead para no poder usar libremente de los derechos que tan valientemente habéis defendido!

¡Desgraciados! Vosotros, como tantos otros españoles, gracias á la apatía de todos y á la sinvergüencería de los Gobiernos, cuando creíais pelear por ideas, habéis luchado en realidad por si «había de ser perro ó perra quien os mordiese».

De todos modos perdiendo se aprende, aunque en este trance no se ha perdido todo, que al menos el derecho está escrito, si quiera tenga en contra al Poder y al dinero.

Tenéis el derecho y... tenéis también bríos, y—¡qué diablo!—creo yo que el Demóstenes, el Cicerón, el Mirabeau, el Argüelles, el don Joaquín María López, el ilustre clavelero que asombró á las generaciones, al mundo todo son los despampanantes fulgores de su oratoria, con sus habilidades políticas, dignas de un Metternich ó de un Cavour, no se volverá á llevar el acta ó por lo menos no se la llevará «de rositas».

En serio. Habéis peleado como el que más por los derechos; sois merecedores de que se respete vuestra voluntad y de que se os ampare cuando ejerzáis las libertades, y haréis bien, ya que las autoridades van, según las traxas, á faltar á su deber, en haceros respetar.

El arráez Maltrapillo.

## EL HIJO

SE moría el pobre chiquillo, y gracias debían darle á Dios porque se lo llevaba por la posta. Encanijado, escrofuloso, viciada la sangre, manchada la piel por repugnantes erupciones, la infeliz criatura, á pesar de todos los timbres nobiliarios que sobre su cabeza habían amontonado cien ilustres ascendientes, era lo que se llama un pingajo humano.

Allí estaba en una cama que parecía un trono, en el centro de una lujosa alcoba, envuelto en holandas, sedas y encajes, todo lo cual hacía resaltar la miseria del moribundo.

A fuerza de cuidados se pudo conseguir que el niño llegase á cumplir los siete años, saliendo poco menos que milagrosamente de no sé cuántas enfermedades. Pero ahora iba de veras; se moría sin remedio; cuestión de unas cuantas horas. Así lo habían declarado los tres mejores médicos de la capital después de larga consulta.

Cuando la conferencia hubo terminado, el padre del enfermo, un señorón de muchas campanillas, joven aun, pero ya calvo y de aspecto achacosos, se acercó á uno de los médicos, hombre de rudo aspecto, cara inteligente y bruscos modales:

—Doctor, no me oculté V. la verdad, por dura que sea.

—Jamás faltó á ella.

—Dígame, ¿no hay esperanza?

—Ninguna.

—¡Oh!... ¿Y no puede intentarse nada?

—Nada.

—Pero V. que ha hecho tantas curas prodigiosas, V. que...

—Yo no hago milagros.

—Usted, doctor, no puede figurarse mi angustia, mi desesperación. La madre de este niño murió al darle á luz; mis achaques ya los conoce usted; para mí ya no hay distracciones ni placeres. Este niño es toda mi esperanza... ¡Sálvele V., doctor, sálvele V.!

—El médico miraba al acongojado señor con no sé que especie de piedad despreciativa.

—¡Siempre lo mismo!—murmuró como si hablase consigo mismo.

—¿Qué quiere V. decir?

—Digo que hay hombres tan reñidos con la lógica que son capaces de pegar fuego á un edificio por los cuatro costados, y á renglón seguido desesperarse porque el fuego lo reduce á cenizas.

—Según eso, V. cree que yo...

—No es esta ocasión para meternos en filosofías... Aunque comprendo que será inútil, volveré—dijo el médico disponiéndose á marchar.

—Perdone V.—replicó el otro con cierta fingida arrogancia—, yo no puedo quedarme bajo el peso de una sospecha... Es preciso que V. me explique...

—Déjese V. de explicaciones.

—Usted ha querido decir, sin duda, que por abandono, por falta de celo, soy yo la causa de que mi hijo esté á punto de morir, y necesito demostrar á V. que se equivoca...!

—Pues bien—le interrumpió el doctor—; pen-

saba callar, pero V. me pincha y no soy yo hombre que sepa fingir. A ese niño V. lo mata.

—¿Cómo!—gritó el padre poniéndose lívido.

—Sí, V. lo mata—dijo el médico con tono áspero.— Ese pobre niño es el fruto podrido de las orgías, de los vicios, de las depravaciones de V. Los hombres como V. no tienen derecho á ser padres. Dé gracias á Dios porque se lo lleva.

—Es que yo ignoraba...

—¿Qué ha de ignorar V., hombre, qué ha de ignorar...? ¿Por ventura puede darse lo que no se tiene? Usted derrochó su salud, se quejó sin ella; á cambio de bajos placeres, se convirtió V. en lo que es ahora... ¡Y quería este hombre que su hijo sea sano y robusto!... No, amigo mío, Dios es justo porque es implacable; su ley es la lógica.

—¡Justo, y hace pagar á un inocente mis culpas y mis vicios!

—No; él descansará bien pronto. Usted, en cambio, tendrá siempre el remordimiento de haberle engendrado, y cuando vea V. ricos ó pobres, lujosamente vestidos ó rotos y descalzos, muchachos robustos, hijos de padres sanos y vigorosos, sentirá V. envidia que le comerá las entrañas. He hablado demasiado; lo que he dicho no es nuevo para V. Con más rudeza que yo le habla la conciencia.

El médico calló, y el padre del niño, sin contestarle, fué á ponerse al pie del lecho del moribundo y con voz entrecortada por los sollozos murmuró desesperadamente:

—¡Perdóname, perdóname!

ZEDA

## EL SUFRAGIO UNIVERSAL Y LA CLASE OBRERA

ERENTE al apotegma «El Estado soy yo», síntesis del sistema político absolutista, impera hoy el principio de que «la soberanía reside en la nación». Mas para que tal principio sea un hecho y no una frase sonora, es menester que la ley consagre el derecho de todos los ciudadanos á intervenir en la vida pública, y que, consagrada esa facultad, se practique por los interesados en ella.

El sufragio universal representa la verdadera nacionalización de la soberanía en cuanto implica llamamiento de los miembros de un país al ejercicio de la función social más importante, cual es la creación de las leyes, siendo la papeleta electoral el título representativo de la coparticipación del ciudadano en la vida del Estado nacional.

Numerosa la clase obrera, mediante el ejercicio del sufragio puede ser dueña del Poder político, implantando así la soberanía del trabajo. El 1.º de mayo es un triunfo transitorio de ella; con el voto es posible convertirlo en definitivo, merced á la conquista gradual y continua de los Municipios, Diputaciones provinciales y Parlamento.

Ricardo OYUELOS

## Paz ó guerra.

QUE la fuerza en su expresión material es un argumento poderoso en las relaciones humanas, lo demuestra la Historia, lo ven nuestros ojos y ningún cuerdo lo desconoce. Que entre los adversarios de cualquier orden haya de ser la fuerza material el único modo de relación, es afirmación tan irracional como temeraria. El empleo de la fuerza repugna unas veces á la razón; otras á la conveniencia. Lo que puede lograrse sin violencia, ¿á qué confiarlo á la fuerza? ¿Cómo el débil podrá entablar competencias de fuerza con el poderoso?

En la lucha de clases, en la formidable contienda entre capitalistas y obreros, aquéllos defendiendo los medios productivos que les da el imperio del mundo, éstos procurando la socialización de los medios de producción para emanciparse de la tiranía del salario; *substratum* los unos hoy del espíritu conservador y los otros del espíritu de progreso, yerran igualmente los que quieren resistir siempre con la fuerza como los que con la fuerza quieren agredir constantemente.

Aunque el proletariado forma el mayor

número, ¿no es hoy, en esta contienda, el más débil? Pudiendo aprovechar medios pacíficos para crecer, organizarse, lograr victorias parciales que le den mejores condiciones para campañas nuevas, ¿será cuerdo que, con actos de fuerza, provoque las del contrario y le dé pretexto para destruir, en un día, el fruto de la elaboración de muchos años? ¿No es criminal derramar ó ser causa de que se derrame sangre proletaria cuando aún esta sangre ha de caer sobre un terreno infecundo?

Suicídese el que quiera. No se lance á la muerte á los que viviendo pueden ser más útiles á la buena causa.

Hay quien sólo ve revolucionarios en los que predicán á toda hora sangre y exterminio. El radicalismo está en las ideas que se profesan y en la eficacia de los procedimientos, no en la violencia de la expresión ni en la provocación de sacrificios estériles.

La obra emprendida por la clase trabajadora es gigantesca. Las resistencias que ha de vencer formidables. Por mucho que los furiosos aprieten los dientes, la fortaleza capitalista no se ha de conmovir lo más mínimo.

En las contiendas parciales económicas ó políticas, el Socialismo logrará victorias siempre que emprenda campañas proporcionadas, no á su deseo ó á su coraje, sino á sus fuerzas reales y efectivas. La gran victoria final, que precederán acontecimientos y mutaciones que el velo de lo por venir oculta, no podrá nunca realizarse hasta que las fuerzas socialistas organizadas y la clase trabajadora que la sirva de asiento, alcancen nivel moral é intelectual y fuerza positiva para apoderarse momentáneamente y por sorpresa, no ya del poder político, sino para fundar lo que es más importante y sostener una nueva sociedad en lo económico, en lo político, en lo moral; un nuevo modo de vida civil, una anatomía y una fisiología social nueva.

Lo cuerdo, puesto que el Socialismo es aun débil, es organizarse, vigorizarse, crecer, extender el movimiento y hacerlo sólido é intenso. Paz y organización es nuestra consigna, como se ha dicho. Nuestro entusiasmo, campo tiene en la propaganda, la organización y educación socialista para explayarse. Llevemos la paciencia y aun el sufrimiento hasta el límite, y sólo obligados y sin salida hircamos, si otro remedio no nos queda.

Nos dicen que los golpes violentos logran por el terror lo que no conquista la razón. Verdad; pero cuestan tan caros, que debemos dejar á los desequilibrados esa tarea, hasta que sólo la razón y el éxito nos muevan á la guerra si la guerra es necesaria.

La experiencia abona estas verdades. En breves años la fe, la constancia y el buen sentido han hecho del Socialismo en España una fuerza política eficaz. Con orgullo puede el Partido Socialista proclamar que para lograrlo no ha vertido ni hecho verter una gota de sangre.

¿Qué sería el Socialismo si cuando los socialistas se contaban con los dedos hubiéramos practicado la política de destrucción? Algunos fusilados, algunos agarrotados más. ¿Qué fruto? Atrincherarse más y más los partidos de la reacción.

¿Es esto afirmar que siempre y en todo caso hemos de ser inofensivos? El Partido Socialista es un partido de hombres. Tiene instinto de conservación, pero sabe sus deberes. Nada menos resistente que los gases; y los gases, si la presión excede de ciertos límites, explotan con estrago rompiendo los obstáculos á su natural fuerza expansiva.

Dr. Jaime VERA

22 abril 1901.

\*\*\*

Los que observamos la vida para inspirarnos en ella y á veces copiarla escribiendo cuentos y novelas, no podemos menos de sentirnos atraídos con fuerza

irresistible por los que sufren las consecuencias de los errores y las maldades sociales. La miseria, el hambre, el dolor en todas sus manifestaciones, estudiados acaso al principio sólo como elementos artísticos, se apoderan pronto de nuestro espíritu, y las obras que quisimos que fueran meros *estudios del natural*, en fuerza de sinceros, acaban por ser documentos del proceso contra el egoísmo de los poderosos.

Por esto la literatura contemporánea es revolucionaria; porque en ella se condensa la protesta del oprimido contra el opresor.

Esta misma sinceridad nos autoriza para decir á los trabajadores verdades que en otros labios parecerían sospechosas. Y una de estas verdades puede ser la siguiente: Que hacen mal, muy mal, en preocuparse sólo del problema económico. Si el elemento obrero quisiera intervenir en las luchas políticas, su influencia sería en seguida grandísima y de aquí á pocos años acaso decisiva.

Para que los trabajadores se persuadan de ello basta la consideración siguiente: Si de igual modo que se organizan para resistir contra la tiranía del capital se organizaran para ejercer el derecho de sufragio, ¿qué gobierno podría luchar con ellos?

Jacinto OCTAVIO PICÓN

## AYER Y HOY

¿QUÉ diferencia de un día á otro! ¿Qué corto el tiempo transcurrido y qué largo el camino recorrido! Hubo un tiempo, no muy distante, en que podíamos contarnos con los dedos de las manos; en el que ser socialista era una excepción en una sociedad que no pensaba en los grandes problemas de la humanidad para aplicarse exclusivamente al egoísmo más refinado; en el que el obrero era considerado como un paria á merced de las fuerzas del capital que explotaba su salud y su fuerza. A otros tiempos otras costumbres; á otras ideas, diferentes procedimientos; y si los que empleaba la esclavitud del capital no han variado mucho todavía; se hace sentir ya sobre él la fuerza inmensa del obrero asociado, que romperá en día no lejano las cadenas que le oprimen.

Y es muy significativo que, siendo de ayer, llenemos el mundo y nuestras ideas dominen todas las conciencias.

Dr. REVILLA

## LECCIÓN

Un mendigo, al pie de un árbol, pedía con triste voz á las gentes que pasaban una limosna por Dios. El mendigo era un obrero que no encontraba labor, porque el exceso de brazos le quitaba la ocasión. Allí arriba, en una rama, un pájaro que le oyó le preguntó:—¿Por qué pides? ¿Por qué pretendes favor? —¿Por qué?—contestó el mendigo.— Porque desgraciado soy, y me pone el hambre dura en tan triste situación. —¿Conque el hambre? ¡Pobrecillo! Nunca he recurrido yo á tal extremo, y soy libre y disfruto á mi sabor. ¿Eres hombre y necesitas mendigar?... ¡Eso es atroz! ¿Y por qué llaman al hombre el rey de la creación?

Alvaro ORTIZ